

llas rotas de las métopas se dejan ver entre el techo y las columnas. Tan pequeñas y tan elegantes son las dimensiones del templo de la Victoria, como magestuosas y grandes son estas obras del arte antiguo, y sin embargo, ambos se desprenden igualmente encantadores, en su armonía arquitectónica. Un encanto irresistible yace en estas ruinas de mármol; estas obras han sido proyectadas por una mente pensadora, y ejecutadas con espíritu. Solo queda sin solución una enigma; y es la siguiente: cómo es que los antiguos tuvieron la fuerza y los medios para poner unos sobre otros esos grandes montones de piedras. Si esos grandes artistas hicieron unos cálculos tan grandes sobre arquitectura, como nosotros no estamos acostumbrados ni siquiera á pensar, tales cual nuestra época pobre y miserable no se atreve á contemplar! Y así es que lograban proteger sus edificios admirables, construidos con piedras colosales sin el pegoste de la mezcla, de los con-terribles terremotos del Sur, dándoles á todos los pilares una inclinacion algo aguda hácia el interior del templo; de suerte que las piedras atravesadas, apoyadas las unas contra las otras daban al todo sosten. De esta manera dieron á las bases del Parténon una direccion inclinada hácia el centro, produciendo una ilusion óptica, y hacien-

do aparecer más grandes eslos nobles edificios. Para la figura de Zeus ninguna obra mejor que esta podía haberse escogido como morada para un Dios, pues al mismo tiempo revela la gravedad y la grandeza del dios-trueno, y su aspecto poético como un admirador de las ninfas. Pasamos adentro. Adonde en una época hubo techo, penetra ahora la luz más clara del azulado éter por el mármol del Penthelicon al que el tiempo ha dado un color amarillo. El techo al cual subia el humo de las ofrendas, ahora yace esparcido en pedazos por el suelo adonde antiguamente corria la sangre de las béstias que eran sacrificadas. Del habitante ricamente adornado de esta vieja fortaleza de mármol, el Zeus de Fidias, no hay ya ninguna huella. El pelo dorado y el manto en alguna parte han servido para llenar el saco del ladrón. Han colocado en el interior dos troncos viejos de mármol, que han sido escavados de la tierra.

Aquí el Rey y la Reina se sientan á presidir las fiestas arqueológicas que se celebran. Nos creiamos como en los tiempo de la gente Ateniense, cuando á la caída de Creon enviaron fuera á sus Reyes. Sin embargo, el profesor K, se sentó en el trono del Rey con una admiracion entusiasta por los antiguos, y á esto se veia reali-

zado el deseo por tanto tiempo abrigado por nuestra comitiva. Desde el principio del viaje habíamos conservado con gran cuidado un frasco de vino austriaco; fué sacado ahora, y su contenido vaciado para echar un brándis por la Patria. Las costumbres meridionales se unieron con las del norte. El Cronista K, estaba sentado como un bardo de los viejos tiempos alemanes, su cano pelo agitándose por la brisa, en el trono de mármol. Formamos círculo en su derredor, y entonces, con la inspiración del momento prorrumpió en un discurso en una voz clara y resonante, é hizo una salutación á la Patria. Escuchamos sus palabras con entusiasmo y emoción. Era un momento poético, ocasionado por el amor patrio, y aun más exitante por las cercanías. Habíamos cumplido nuestro propósito de beber el fruto de las viñas de casa en la más grande fortaleza de Atica, mientras que con pasión pensásemos en nuestra amada patria. Antes de que nos pusiesemos el jugo de las saludables uvas austriacas á los labios, ofrecí una libación á los dioses mitológicos, cuyas admirables formas de arte en un tiempo poblaron estos aposentos, en presencia de los restos de los dioses antiguos, y en la piedra frente al trono según costumbre antigua. Después cada cual tomó un buen trago; y yo con el fin de evitar una

profanación en lo de adelante, arrojé el frasco en el mármol. Los oficiales griegos que nos acompañaban, veían esta escena con sorpresa; cuando les explicamos lo que había, se agacharon para recoger los fragmentos del frasco, como un recuerdo. Parecía que nuestro patriotismo había despertado el suyo.

Mi hermano desgraciadamente, no podía tomar parte en estas festividades, una ligera indisposición le había hecho quedarse en casa.

Del Partenon nos fuimos por un mar de piedras al Erecthea. Sobre una mazisa aunque no muy ancha muralla de mármol que lo cercaba había unas cariatidas delgadas que tenían sobre la cabeza un entablamento ornamentado y esculpido en piedra. Los ricos dobleces del vestido, el aspero y ondulante pelo, y las facciones serias, daba una idea muy grande de su excelencia. La forma y los ricos ornamentos del pintoresco templecito, le hacen á uno recordar, sin saber por qué, los hermosos esculpidos gabinetes del—"cinque cento."—Por esta clase de obritas encantaderas se ha hecho famosa la Grecia moderna, y ha reemplazado algunas de las pérdidas cariatidas con obras nuevas de piedra. En este templo se hecha de menos el techo como en los demás, salvo el de Théseo; y daba á estas rui-

nas un contorno más agudo contra el celaje. El otro costado descansa sobre la muralla de piedra blanda y arenosa, lo que aumenta más la semejanza de esto á un gabinete. Del otro lado de la pared hay un cuarto bastante grande, el que está rodeado por dos lados de hermosos pilares de Corinto. A qué clase de pilar griego debo dar la preferencia no lo sé enteramente; pero el Partinoso, con sus formas mазisas aunque sutiles, me gustó mas. Ningun trabajo mal hecho, ni ningun ornato inútil hacia perder esa impresion gloriosa. Aquí lo mismo que en otras partes, con lo que es grande y hermoso, no se requiere el adorno para causar la admiracion y aumentar el encanto.

Volvimos nuestros pasos al templo que fué erigido á los dos guardianes de la antigua Aténas, Minerva y Neptuno. Pero la seria y magestuosa diosa que nació de la cabeza de Júpiter, tenia superioridad sobre el inculto "hombre del agua," y la gente sábia de Aténas prefirió el regalo de Minerva, el árbol de olivo, al caballo de Neptuno, saliendo de las olas. Lo más hermoso de los restos de este templo, es una puerta de entrada ricamente adornada; y cerca de ésta, entre las rocas, nos enseñaron una cavidad de donde Neptuno con su tridente, habia causado que fluyera la corriente. El arqueólogo Pliego una persona

muy amable é instruida, nos dió entrada á una casa, en la que encontramos una valiosa coleccion de vasijas y otros objetos escabados. Los jarrones de barro de Grecia se distinguieron por sus formas elegantes aunque sencillas, lo mismo que por sus colores negros y encarnados hermosamente pintados. La animacion y la poesia se encuentran en todas las figuras de los restos de aquellos tiempos. Es digno de notarse que por el lado mas bajo de las portentosas rocas frente al mar está el teatro de Herodes que está ahora saliendo á la luz del seno de la tierra; y ya se hecha de ver la antigua figura del circo, tal cual se vé bien en Verona.

Fué edificado por algun Créso, que vivió en aquellos felices tiempos, cuando la gente solia tener demasiado dinero. Le pasó lo siguiente: Se habia encontrado con un tesoro que ya le habia proporcionado todo el lujo de la vida; no sabia qué hacer con esa cantidad de oro, y en medio de su dificultad apeló al Emperador Adrian, quien le dió la idea de emplear sus embarazosas riquezas en construir edificios.

Dejamos el Acrópolis con la elevada idea de que habiamos visto lo grande, lo imperecedero! Nos sentimos mas próximos á los tiempos en los vivió Pericles, y nos posesionamos del espíritu de

esos artistas sin rival y esos hombres grandes de Grecia, al ver el lugar donde vivieron, y nuestras almas parecían asumir las sombras de las formas del Acrópolis, como si la unidad y la vida aun reinase en estos lugares, como si el humo del rico sacrificio subiese aun al éter tranquilo, y como si los gritos de la turba ebria de goce resonase aun por el siempre lozano y verde valle. De la poesía retrocedimos á la prosa y tuve la no muy agradable tarea de recibir al cuerpo diplomático. Esto era como echar agua fria al poético fervor con que nuestros corazones se habian recreado con las glorias de los antiguos.

A las cinco y media monté á caballo y acompañé á la Reina á dar otra mirada pasajera á Atenas. El dia se habia nublado más. El vecindario por el que nos conducian nuestros ligeros caballos orientales, nos presentó un triste cuadro de melancolía. Colinas desnudas y de un color oscuro daban la idea de sepulcros, cuando faltaba el resplandor del sol. Los olivos, con su follaje de un color gris oscuro, no daban vida al paisaje aplomado que en breve se desplegó en un ancho valle. A la entrada de este, cerca de los árboles, habia una capillita frente á la cual yacian grandes trozos de piedra en gran confusion.

Aquí fué donde escribió Byron sus poemas y aquí fué donde compuso su "Doncella de Atenas." El extenso paisaje que se descubre en este punto, refleja el alma del gran poeta, la tristeza y el deseo vehemente, los cuales se encienden en pasion profunda, por un rayo de sol ardiente. Mas hoy no le fué concedido al sol de Grecia el dar colorido á estas colinas y á estas anchas llanuras con los colores esmaltados del Sur. Dias como este no son favorables al fuego abrasador de la poesía; el corazon enamorado del poeta tan solo puede cantar en estos con tono melancólico. Era un cuadro del lánguido y no del victorioso Byron. Tan solo un lugar en la lejana distancia, la esperanza arrojaba luz sobre este triste cuadro. Una pequeña iglesia pintada de blanco y rodeada de unas cuantas casas y frondosos árboles, venia á consolar la vista. Oí con gusto que habia vivido allí una colonia de soldados alemanes retirados.

Para los admiradores de antiguos edificios hay dos acueductos que son los objetos mas notables en este valle. Datan desde el tiempo de los Romanos, y están contruidos de tejas. La mayor parte de los pilares han sido destruidos por el tiempo. Lo notable en estos acueductos y lo que causa mayor sorpresa es la manera con la que el

arquitecto ha dominado la naturaleza á su antojo, pues en el mismo valle ambos acueductos llevan direcciones opuestas. El objeto de estas construcciones ha finalizado, y los pilares quedan como tristes reminiscencias de una cultura pasada. A poco costo podian restaurarse estos acueductos, los que traerian una vida nueva á este país herido por la miseria.

Apénas habiamos abandonado estas ruinas, cuando comenzó á llover bastante fuerte. La Reina abrió su paraguas, echamos á andar los caballos al trote y precipitadamente nos fuimos á una casa vecina perteneciente á uno de los alguaciles reales, y la que estaba á orillas de un pequeño arroyo. Nos encantamos al observar cerca de esta, algunos árboles frutales y unos campos de treból. Dejamos los caballos en el patio de la casa edificada al estilo aleman. La reina nos enseñó con alguna satisfaccion un magnífico "dairy" (1) que surte la crema á aquellos que beben el café al uso aleman. En la corte no nos tuvimos que quejar de la leche que generalmente es mala para los del Norte en los países Meridionales.

[1] Dairy, oficina donde se trabaja la leche para hacer queso y mantequilla.

N. D. T.

El ancho y exuberante follaje de unas cuantas plantas de la parra que quedaba frente al cuarto del alguacil, nos protegian de la lluvia. La Reina que á causa del violento paseo á caballo habia adquirido un apetito excelente, le dijo á la señora de la casa, que hiciera unos "panqués," los que nos comimos en un cuartito oscuro. Entretanto vinieron algunos coches de Aténas, y llegamos al palacio secos. Hicimos la "toilette" con violencia, y nos fuimos á la comida, adonde fué presentado el capitán O. á la Reina, por nuestro Cónsul residente, el Conde J.

Como que la alegre Reina creia que no habiamos hecho sino muy poco ejercicio en ese dia, despues de la comida jugamos "guerra." Toda la comitiva se esforzó en desplegar su habilidad para el juego, lo cual hicieron varios de un modo bastante cómico; de suerte que al diestro jugador de billar el Dr. F. le era fácil ganar. Con este triunfo de destreza Vienesa, se terminó el dia.

A la mañana siguiente mi hermano y yo en compañía del Conde C., del cronista K. y del ayudante que nos habian nombrado, visitamos otra vez el Templo de Théseo, cuyos esquisitos tesoros de arte que estaban en su interior, no habiamos examinado suficientemente. En esta mañana lo podiamos ver todo á nuestro antojo, y sin

MAXIMILIANO.—14

ser interrumpidos (por nuestros compañeros menos entusiastas (exceptuando al profesor G.)). Mucho le debimos á las esplicaciones eruditas y agradables del arqueólogo griego. Lo más notable entre los muchos objetos del aposento del templo es un bajo relieve de una figura de un héroe del Templo de Xerges, representa á Aristion, un pariente de Théseo. De este curioso "souvenir" habian tomado poco cuidado, y le habian ocultado bajo una caja de cristal para guardarlo de los efectos del aire. Del perfil de este héroe, ve uno como hasta en los tiempos mas primitivos tenian disposicion para el arte en Grecia, y si al lado de cosas que fueron producidas más tarde esta obra aparece rígida, no obstante, se puede ver que una gente que en su infancia supo el modo de amoldar formas semejantes, debian ser destinadas á tener un porvenir glorioso. Las facciones y los miembros de la figura son toscos é informes, y de ellas podemos deducir cómo la chispa del arte habia pasado del antiguo, sério y fornido Egipto á la jóven nacion griega, y allí se habia desarrollado primero, bajo la influencia de una naturaleza feliz y poderosa, á sus sublimes y universalmente admirados resultados. Cuando deja uno estos antiquísimos recuerdos de la escultura griega, cerca de ellos encuentra numerosos monumentos que por sus elevadas ideas y su hábil ejecucion,

le hacen recordar á uno el apogeo de la antigua Grecia; porque despues del gránito y otros materiales difícilmente grabados, de la escuela Egipcia con sus frias y rígidas formas, el suave y blanco mármol del Penthelicon infundió una vida nueva á los juveniles esfuerzos. Ya el artista, ha unido las escenas de la vida real con fé mitológica, y levantado el místico velo; de suerte que el espectador encuentra una expresion del pensamiento que lo llena. Las figuras de los moribundos en el monumento siempre están en actitud sentadas y cubiertas por un velo emblemático de la separacion del mundo. En su derredor se hallan sus parientes y amigos quienes por sus oraciones, se están esforzando á evitar la partida: ¿Si será una madre moribunda, rodeada de su familia? El artista coloca á una criatura en la rodilla de la madre, tiene un pájaro en su mano, con lo que se simboliza el alma volante de la madre. Muchos de estos monumentos están conservados, y las diversas figuras que hay en ellos no son emblemáticos; son de carne y hueso, cubiertas con las más ricas telas.

Entre los objetos restantes son dignos de atencion, otro sarcófago y una excelente estatua. Esta última representaba á un jóven, el cual nos enseñaron como Apolo—no sé, si le dieron su nom-

bre verdadero, pero lo que es la figura no era indigno del Dios. Una estatua colosal, un traje egipcio, tiene las marcas de una época más avanzada por la manera como está esculpida. El arqueólogo nos dijo que representaba á Antinous, el favorito de Adrian. Fué encontrada en los campos de Marathon. Fácilmente creí que esta obra pertenecía á esos tiempos romanos, pues le faltaba la moldura delicada del arte griego. En el peristilo de Adrian, adonde entramos á esto, se encuentran las curiosidades guardadas en el primer cuarto, en el que nos encontramos varios monumentos de la clase que he descrito ya.

Igualmente hicimos otra visita al templo de los vientos, el que me habia interesado grandemente á causa de las explicaciones del arqueólogo. Como tengo ya observado, un acueducto conduce á este edificio, cuyas aguas ahora secas, fluieron en tiempo con tanta regularidad en derredor de la estatua de bronce de Neptuno que formaban el centro del movimiento de un reloj en el cual se aparecian unas figuras segun el curso de las horas, y cuya edad y tamaño aumentaba con el número de la hora. En la primera division de esta se presentaba una criatura con el cuerno de la abundancia lleno de pimpollos; en la segunda una dencella con unos pimpollos que estaban ay

brotando, y en la tercera, la figura de una mujer con flores que estaban ya en toda su fuerza. En este templo nos encontramos tambien con un reloj de sol, en cuyo polo meridional hay una línea que muestra que ha cambiado el curso de la tierra por lo muy bajo hasta el curso de dos mil años, pues en ese dia, los rayos del sol al medio dia arrojaban la sombra de la varilla de fierro sobre este monumento de piedra.

En la division del octágono se encuentran embutidos varios bajos relieves que representan los diversos vientos y sus peculiaridades. Los más feos ó los más perniciosos, tienen unas fisonomías de vejez barbudas, con el fin de retratar la inelencencia de los elementos. Los vientos suaves de la primavera aparecen bajo las formas de unos jóvenes. Están descalzos, con lo que se trata de demostrar cuán ligeramente pasan la florida alfombra de la naturaleza nuevamente despertada. Muchas entre esas figuras llevan instrumentos musicales en las manos, como signo de su dulzura; otras frutas y flores, para enseñar que las hicieron salir. El viento que más les disgustaba á los Atenienses tiene una enorme concha sobre la boca, como emblema de su rugido.

Del templo de los vientos nos fuimos á un aposento, que trasformaron los turcos en baño de

vapor, y que encierra ahora los moldes de yeso de todos los tesoros que no existen ya en Grecia. Entre otros están los bajo relieves hurtados del Parténon por Lord Elgin. La vieja Inglaterra fué tan buena que mandó estos moldes á los griegos, para recordarles lo que habian perdido. De allí nos pasamos á la llamada puerta del Mercado, la que propiamente, con unas cuantos pilares acortados, circunda los restos del templo de Minerva. El nombre que tiene hoy este pórtico, está mal dado.

Igualmente visitamos la Iglesia Católica que está cerca de estas ruinas. Es pequeña, y en alto grado indigna de presentarse; de suerte que en cuanto á esto nos ganaron los Anglicanos, quienes se han hecho construir una iglesita gótica muy bonita, mientras que los católicos tan solo tienen lo que ántes era una mezquita.

A la una salimos con la Reina en un carrito á las montañas. Sin embargo, á poco nos encontraron los caballos del Rey con los cuales tuvimos que subir la parte escarpada del camino. El tiempo en esta vez nos era favorable, de suerte que las interesantes veredas de la montaña, parecian mas pintorescas que nunca. El cultivo le faltaba enteramente; y sin embargo el fresco verde de los pinos se ostentaba entre las masas de las rocas, y

por la desnuda y amarillenta tierra. Nuestros caballos se vieron pronto obligados á comenzar á trepar por las resbaladizas rocas. Cuando habiamos llegado á la primera de las alturas, se nos dió la bienvenida con los vivas de los moradores del pueblito de Cupia quienes habian salido á encontrarnos. Habiamos pasado por este pequeño lugar en el valle, el que se veia ahora á la distancia. Era un lugar bonito y pintoresco, la vegetacion se habia plantado con mucho trabajo en su pedrusco vecindario, y se alegraba la vista al fijarla, en lo verde en medio de las masas parducas.

Tan grande fué el gusto de estas gentes al ver á la Reina é hicieron tanto ruido, que se le espantó su caballo y se le alborotó. El traje de los aldeanos se asemejaba al de los de Eleusis. Mientras más nos internábamos en esta region y mientras más alto subiamos, mas oriental y mas primitivos se ponian el país y las gentes. Son una raza de hombres robustos é independientes, firmes en sus creencias establecidas, fuertes, moral y físicamente, y por lo tanto tienen dulzura y dignidad en su porte; y son elegantes en sus movimientos. Si la astucia de los antiguos Griegos, y la falsedad del esclavo, no apareciese en esta gente desencadenada, les compararia yo con el